

923
M47

page 123

Episodio

De la Vida

DE

JUAREZ

POR

Ignacio Mariscal



TIP. DE LA VDA. DE F. DIAZ DE LEON.

BIBLIOTECA
DE LA
SECRETARIA
DE
HACIENDA



EPISODIO DE LA VIDA DE JUAREZ

ADVERTENCIA

HABIENDO visto, en la convocatoria publicada en Oaxaca para unos juegos florales, que se pedía, entre otras composiciones, "una leyenda literaria basada en algún episodio de la vida de Juárez," y que había de ser en prosa, ocurrióme referir un hecho poco ó nada conocido y que honra sobremanaera á aquel hombre extraordinario. Mas, no comprendiendo de qué modo pudiera darse á semejante leyenda (en la acepción más amplia del vocablo) el especial carácter literario que se exigía, me pareció bien escribirla en prosa rítmica; es decir, en endecasílabos sin rima alguna y con



la apariencia, casi con el estilo de prosa común, imitando en esto al belga autor del drama "Monna Vanna," escrito en alexandrinos franceses sin rima y traducido en forma análoga por el Sr. D. Balbino Dávalos. El estilo que me propuse emplear es, además, en lo general tan llano y sencillo que no desdice del que á mi juicio conviene á toda narración histórica, siendo el hecho que relato verdadero hasta en sus últimos detalles. Así mi composición no tendría de literaria más que el juego rítmico á que hago referencia, en el cual ni aun parece necesario el rigor prosódico, sino en ciertos casos atenerse á la pronunciación usual entre nosotros.

Por lo demás, la posición que ocupo en el Gobierno y la circunstancia de haberseme elegido para escoger un regalo destinado al autor de la mejor "leyenda literaria," me cerraban la puerta (aun prescindiendo de otras consideraciones) para entrar en el concurso. Publico, sin embargo, mi composición prosaica por rendir un humilde tributo á la memoria del gran patricio que, hace cien años, vió la luz primera en un rincón de la sierra de Oaxaca.



EPISODIO

EN el año terrible para México
y al descararse la invasión francesa,
en esta hermosa capital vivía
un francés, preceptor muy conocido
que, entre otros niños, daba sus lecciones
á un hijo que tenía el Presidente.
Casado era el francés con mexicana
que á su vez educaba, entre otras niñas,
á todas, ó las más, hijas de Juárez.
Venido á la República años antes
en virtud de un proyecto fracasado
de colonización allá en la costa
que el Goatzacoalco riega y fertiliza,
quedóse en el país y consagróse,
como una profesión, á la enseñanza,
para la cual sobrábanle aptitudes,
pues contaba con ciencia y con talento.

Mas, de genio versátil ú obligado por salud delicada, varias veces cambió de residencia; ora en el Norte, ora en la capital, ora en Oaxaca, donde más de tres años se mantuvo y estableció una escuela por contrato que celebró primero con los padres de Cañas, Mariscal, Quiñones y otros niños de entonces y que ya no viven, con excepción tan sólo del segundo.

Conociendo el país, que estudió á fondo, escribió, á más de libros de enseñanza, uno que se llamaba «Le Mexique par Mathieu de Fossey» (era su nombre). En él, como de paso, procuraba probar la conveniencia para México de una amistosa intervención francesa que nos beneficiara inmensamente con proteger aquí en el Nuevo Mundo, cual se hiciera en el Viejo con Italia, á la raza latina (aunque no abunde como especie animal en nuestro suelo), librándonos así del gran peligro de ser en breve tiempo aniquilados por el yankee invasor, con cuanto embuste á Napoleón sirvió de pretexto para su loca empresa mexicana.

El libro de Fossey logró fortuna
 en la corte imperial y desde luego
 puso al autor en íntimo contacto
 con algún encumbrado personaje,
 con quien pronto entabló correspondencia.

De un primer matrimonio, á lo que entiendo
 Fossey tuvo dos hijas. De ellas una
 Manuelita llamábase en Oaxaca,
 Emmeline en su tierra y en su idioma.
 De vuelta ya en Europa con la madre,
 que no tardó en morir, según se supo,
 casó Emmeline en Francia con un joven
 oficial del ejército y se hallaba,
 por el tiempo aludido en esta historia,
 con su esposo en Argel. Su padre, cauto
 por demás, remitía, estando en México,
 sus cartas á París por medio de ella.
 en tanto que ella le guardaba, astuta,
 diabólico rencor—según rumores,
 por la conducta que Fossey llevara
 con la difunta madre de Emmeline,
 ó acaso por cuestión de alguna herencia,
 ó por otro motivo que se ignora.
 El hecho es que Emmeline interceptaba
 algunas de esas cartas, ya veremos
 con qué intención aviesa, inconcebible
 contra un padre, á no ser que el hijo oculte

un corazón perverso donde impere
furia infernal que lo emponzoñe y mate.

Al recibirse en México el aviso
de que la expedición francesa pronto
sobre esta capital avanzaría,
burlando así con fútiles pretextos
el armisticio estipulado, inmensa
irritación notóse en los caudillos
del elemento popular, y al punto,
tomó el Gobierno serias precauciones
para evitar insultos y atropellos
á la colonia toda de franceses
on nuestro territorio establecida.
Por fortuna, sus miembros dieron muestra
de gran prudencia y gratitud al pueblo,
que no olvidó su afecto y simpatía
á tan útiles huéspedes. Con todo,
en aquellos momentos bien se pudo
temer una explosión, pues no faltaban
necios que la quisieran, blasonando
de patriotismo estúpido y salvaje.

En situación tan llena de peligros,
llegó por el paquete inglés de Europa
una abultada carta de la Argelia
á Juárez dirigida y conteniendo
algunas otras por Fossey escritas
al personaje de que hablamos antes.

En ellas se advertía claramente que Fossey trabajaba como espía del Gobierno francés. Era Emmeline quien vendía á su padre denunciándolo por venganza, ¡que horror!—Juárez, discreto, no habló ni una palabra, á su presencia llamó á Fossey, y cuando estuvo á solas, las cartas le entregó no más diciendo: «Lea Usted.» El francés, con gran sorpresa, tomó la de Emmeline, su hija cara, ansioso de saber lo que decía.

Apenas comenzada su lectura, de mortal palidez teñido el rostro y con trémula voz á Juárez dijo: «Mande Usted al momento fusilarme; perdido estoy, mi hija es quien me mata. Por compasión abréviase mi vida Usted, señor, es padre y me comprende.» «Ya está Usted castigado, replicóle Juárez severo al parecer, movido de profunda piedad. «Mas cuide mucho de guardar el secreto; ó de otra suerte, Usted se entenderá con la Justicia.» Partió Fossey confuso, y sin retardo de México alejose para siempre.

Tal era el noble corazón de Juárez, tal la prudencia del varón insigne

á quien los sicofantas del imperio
que á Francia impuso Napoleón el Chico
llamaban indio rudo y sanguinario.

Hombre de hierro que el deber templara,
jamás contra el deber cedió ni un punto;
mas, fuera de esa inspiración, mostróse
humano y compasivo, sentimientos
que desplegó en su hogar y en el amable
trato que á sus amigos extendía.
Era un varón prudente y bondadoso
á quien sólo el deber y la conciencia
obligaron en grandes ocasiones
á elevarse inflexible y justiciero.

La fe con que aguardaba la victoria
no fué superstición ni fingimiento,
fué convicción profunda y confianza
en la fuerza invencible de su idea.
«Si en mi vida—pensaba—no lo alcanzo,
otra generación verá el triunfo.»
De allí su abnegación y su constancia
que vimos con asombro y que la historia
recordará por siglos venideros
en sus fastos de bronce, consagrando
un lauro inmarcesible á su alta frente.

México, Marzo de 1906.

Ignacio Mariscal.

1034



